

QUINCENARIO DE LA JUVENTUD

DIRECTOR: VICENTE SÁENZ R.—EDITORES: NICOLÁS SOLÍS Y JOAQUÍN VARGAS COTO

AÑO I

SAN JOSÉ, 24 DE JUNIO DE 1914

NÚMERO 7

SALUDO

Al continuar la vida de este pequeño periódico cuya dirección gustoso he aceptado por tratarse de un campo abierto para la juventud y para toda clase de ideas, me permito saludar cordialmente a la Prensa Nacional, al personal docente de la república, y muy particularmente a nuestros compañeros, los estudiantes.

EL DIRECTOR.

LA ENVIDIA

(POEMA EN PROSA)

Es de ignorancia la envidia; teje velos de prismática ilusión, tiéndelos sobre el objeto envidiado y mirándolo más grande y más bello, siente llenársele el corazón de tempestuoso rencor.

La hipócrita no sabe admirar. Su ignorancia es profunda como un abismo, y refleja los méritos ajenos como un cilíndrico espejo: agrandándolos pero desfigurándolos.

Su ignorancia es mareante e incomprendible como la atracción de un abismo, porque posee, a veces, un corazón, y lo ignora; lleva un talento detrás de su frente y se esconde a sus ojos.

Su ignorancia es profunda como un mar, porque azota y embellece de espuma la playa magnífica que envidia, y que bien pudiera servirle para medir su misma extensión. Como la ola de la orilla, avanza mirando hacia la costa, porque no sabe descender para ver su propio continente suspirante por la luz en el fondo.

Es de ignorancia la envidia. Sus ojos encendidos como brasas de rencor, miran no más que la grandeza ajena, la dicha en el extraño, y en su vecindad la gloria. No han bajado a la gruta de las mil maravillas de su propia alma, para contemplarla en fuego y hallarla grande como para contener los tesoros de cien caravanas de Ofir. Miden sus fuerzas por la sombra menguada de su indolencia. Como el agua en la red, de las



PROF. DON JUAN DAVILA
Director del Liceo de Costa Rica

FELICITACION

Grande es nuestro placer al ofrecer respetuosamente en el día de hoy a nuestro querido y estimado director don Juan Dávila, esta pequeña ofrenda de cariño. Al saludarlo atentamente, nos es grato desearle largos años de vida, y gran acierto en el cumplimiento de su difícil y elevada misión.

manos se les escapa el tiempo, y cuando la obra ajena se levanta como un templo de mármol blanco, siente la Envidia que se la han robado, y de sus ascuas de rencor brotan lágrimas de fuego.

Toma la escala, Envidia, y baja una y otra vez a las canteras bellísimas de tu alma; esculpe en sus bloques tu pensamiento y como las piedras ante la lira sonora de Anión se acomodarán en arcos y templos que se llenarán de música, de la original armonía que es tu destino hacer sonar en los oídos de los que antes envidiabas, Santo Amor de grandeza que te hiciste Envidia.

21 de mayo de 1914.

ROBERTO BRENES MESÉN

A los estudiantes

Nuestro quincenario es el amigo de los jóvenes pensadores, de los amantes de la literatura; es el campo de sus ideas, el lugar de sus propósitos, el estandarte de sus ensueños. Es por eso que a ellos humildemente lo ofrecemos y de ellos aceptamos toda clase de colaboración, pues no pretendemos dominar el arte, ni tratamos de menospreciar a nuestros propios compañeros, creyendo ser ya, lo que aún no somos.

Fragmento de "MISTICISMO"

Era la una de la madrugada; el firmamento estaba sembrado de extensa pedrería que semejaba en su constante centelleo, enorme polvareda de diamantes.

La brisa suave y acariciadora prodigaba a la arboleda misteriosos murmullos, y suaves quejidos junto con rítmico vaivén, al tronco y a las ramas de los pinos. Era aquella una de esas madrugadas que parecen hechas expresamente para los pensadores y los amantes, una de esas madrugadas que parecen invitarnos a la meditación y al sufrimiento.

Yo entre tanto caminaba con la cabeza baja, y en medio de las tinieblas en que mi alma se agitaba, sólo distinguía la figura de mi Carmen envuelta en su sudario.

Quedéme de pronto contemplando las estrellas, y me pareció ver una figura blanca que saliendo de mi casa llegaba al firmamento, para perderse allí en un lucero más grande y luminoso que los otros. Cuando la ya casi invisible figurilla hubo desaparecido en las profundidades de aquel astro, no supe más de mí. Al día siguiente desperté en mi lecho rodeado de mi hermana, del doctor y de mis hijos.

¡Ah!—pensé una vez restablecido.— Antes quería morir porque deseaba reunirme con mi adorada Carmen, pero ahora comprendo que debo vivir para mis dos hijos; ¡pobrecitos, tan jóvenes y sin madre, y yo, desgraciado de mí, quería también abandonar-



CANONIGO DON ROSENDO DE J. VALENCIANO

Espíritu batallador y progresista, obrero infatigable de la idea, con cuya ayuda cuenta este periódico

los! Yo he muerto moralmente, he muerto para el mundo, pero ellos en cambio están empezando a vivir y yo debo procurarles la felicidad, he de buscarles una persona que los mime y que los quiera como mi esposa los quería; acaso mi hermana haga con ellos las veces de una madre, pero yo en cambio, ¿podré encontrar otra Carmen como aquella? ¡Oh Dios, qué ángel perdí a la muerte de mi esposa! Nunca podré querer a otra mujer porque no encontraré jamás ser alguno más bello ni más sublime que aquel.

—¡Pobre Carmen mía! Aún recuerdo que cuando ya iba a exhalar el último suspiro lloraba desesperada porque Carlos, nuestro querido Carlos, estaba ausente.

—Quiero verlo,—decía,—quiero decirle adiós, y presumo que no lo veré.

Yo...., me contentaba con llorar, y entonces ella trataba cariñosamente de consolarme, y cuando dulcemente me decía, no llores, no estés triste porque yo voy a gozar, voy a ser feliz y desde el cielo velaré por tí y por mis hijos, yo volvía la cara y ahogaba los sollozos en mi garganta. Tenía su mano entre las mías, y cada vez la notaba más y más fría: un frío espantoso, terrible, el frío de la muerte se apoderaba de mi pobre Carmen.

Hacia las once de la noche se alertó mi enferma; oyóse en esto el rodar de un coche; todos los corazones palpitaban.

—¿Quién es?—pregunté impaciente.

—Es Carlos, me respondieron.

—¡Gracias Dios mío, mil veces gracias! exclamé, y al acercarme a mi esposa que acababa de abrir los ojos para decirle, ya está aquí tu Carlos, ¡infame! me gritó con las uñas crispadas y los ojos que se le salían de las órbitas, infame, no me has querido traer a Carlos, quieres negarme a mi hijo, y amenazante quería salirse de la cama.

Aterrorizado, pálido, tembloroso, casi sin sentido, me dejé caer en un sillón; los dos estábamos con fiebre: ella con la fiebre de la muerte, y yo con la fiebre de la desesperación. Pronto sin embargo recobré mi sangre fría y acercándome a mi esposa:

—Hija mía,—la dije—aquí está tu Carlos.

En efecto, acelerados pasos oíanse en la escalera.

—¿Carlos?—respondió glacialmente mi moribunda esposa;—¿y qué viene a hacer? Já, já, já.

¡Pobre! Al acceso anterior había seguido otro no menos terrible.

Carmen, a causa de su extrema de-

bilidad había perdido la razón, estaba trastornada.

—¡Dios mío!—grité horrorizado.—¿Dónde está tu justicia? Y sollozando abrí los brazos para recibir en ellos a mi idolatrado hijo que acababa de entrar en el fúnebre aposento.

—Papá,—me decía llorando—¿cómo sigue mamásita? ¿Verdad que está mejor?

—Sí, hijo mío, sí, está mejor—le decía yo tratando en vano de ocultar mis lágrimas.

Se oyó en esto otra carcajada no menos estridente.

—¡Papá!—gritó mi hijo.

—¡Hijo mío!—exclamé yo,—y apretándole contra mi pecho, no llores, no es nada, le dije.

—Déjame abrazar a mamá.

—No hijo; quédate aquí con tu padre y con tu hermano.

—¿Por qué papá? Si está muy contenta; ¿no oyes cómo se ríe? Y saltando de mis brazos, ¡mamá mía!—exclamó.

—¡Hijo mío!—gritó mi esposa incorporándose en el lecho y desplomándose seguidamente, abatida por este esfuerzo.

Reinó en la estancia un silencio que nadie se atrevía a interrumpir; comenzó entonces una vela silenciosa y triste; la enferma quiso hablar por vez postrera para despedirse de los seres más queridos de su corazón, pero su debilidad era tan grande y sus fuerzas decaían de tal modo, que sólo a costa de un esfuerzo sobrehumano logró articular algunas palabras. El doctor, inclinando hacia ella su cabeza, le suplicó que callase. No se oía sino el tic-tac continuo del reloj cuyas agujas marcaban las doce menos quince minutos. Yo no apartaba la mirada del doctor, era mi única barquilla de salvación; además, es tan costoso para el ser humano renunciar a toda esperanza, que yo no me resignaba a creer que todo hubiera terminado, y de manera instintiva buscaba en su semblante alguna señal de satisfacción, o en su rostro algún rayo de ilusoria esperanza, pero él permanecía inmóvil, grave y sombrío, sin que ningún resplandor iluminase su semblante impasible, ni rayo alguno de esperanza viniese a desdoblar las arrugas de su ceñuda frente.

No es posible describir la angustia y el dolor que oprimían mi corazón. Quien en una noche terrible y suprema como aquella noche haya velado a su hija, a su madre o a su esposa, comprenderá lo que yo no sabría explicarle; y aquellos a quienes su buena for-

tuna no haya puesto en tales trances pueden bendecir a Dios y pedirle para no verse en el caso de comprenderlos.

Carmen murmuraba algo entre dientes sin lograr hacer salir de sus labios pálidos un solo sonido articulado, en tanto que yo, triste, muy triste contemplaba aquel cuerpo antes tan hermoso, y aquellos ojos tan muertos, tan apagados.

Recordaba también los primeros tiempos de nuestro matrimonio, nuestras ilusiones y nuestros pasatiempos; pensaba en las veces que alegremente y respirando amor paseábamos juntos, muy juntos por los prados y los bosques, y esta serie de recuerdos ahora tristes hacían saltar de mis ojos centenares de lágrimas.

¡Desventurada Carmen mía! Dormitaba con el último sueño de la vida, antes de entrar al sueño profundo y eterno de la muerte. El doctor de cuando en cuando le tomaba el pulso, y notaba que ya desaparecía poco a poco de las extremidades. Cerca de las doce abrió los ojos y pidió aire; hizo luego un esfuerzo sobrehumano para incorporarse, y dedicándome una última mirada de despedida, y pronunciando quedo, muy quedo el nombre de Carlos, cayó inerte sobre su lecho.

Carlos lanzó un grito terrible; Andrés sollozaba como si su pecho fuera a desgarrarse. Mi Carmen ya no existía, era verdad, ya no existía, había muerto al nacer el nuevo día. Levánteme, y con la voz ahogada por el dolor, y sintiendo estallar mi pecho bajo la presión enorme de mi sufrimiento,—¡adiós esposa mía, adiós para siempre!—exclamé.

Mis dos hijos y yo contemplamos en silencio aquel cuerpo inerte, y luego, viendo que sus hermosos ojos negros habían quedado abiertos, presté a la muerte este servicio piadoso y a la vez terrible.

Contempléla luego un instante con muda y dolorosa mirada; cubrí con una sábana aquel hermoso rostro helado por el soplo de la muerte, y entonces los tres, arrodillados y llorosos, oramos aquí en la tierra, por la que el mismo instante quizás, también oraba por nosotros allá... en el cielo.

San José, 9 de junio de 1914.

VICENTE SÁENZ R.

AVISO

Se suplica a quienes no acepten el periódico, lo devuelvan antes de ocho días al apartado número 275.



DON TOMAS POVEDANO

Distinguido artista español, colorista insigne, Director de la Escuela Nacional de Bellas Artes, quien galantemente ha ofrecido colaboración a "El Ideal."



ALMAS BUENAS

A veces, sencillas acciones de algún alma noble, despiertan en nosotros vivo sentimiento de admiración y respeto hacia ella, y nos hace desde luego, obedecerle ciegamente cuando en tono de súplica nos impele a ejecutar alguna cosa.

Qué sublime es la virtud! Sin otro apoyo sino la bondad, encuentra la fuerza suficiente para obligar al hombre, aun hasta el más ignorante, a hacer el bien.

Estas almas son el consuelo de los que sufren, la esperanza de los desvalidos, y por ellas es que Dios bendice la tierra.

En esto me ha hecho meditar un cuadro que presencié ayer: llevaba un policial a la detención un niño que lloroso y arrepentido cometiera alguna falta de pillín; cuando vimos acercarse a él dos ángeles de la Caridad, dos señoras y suplicarle dejase libre al rapaz. Les habían conmovido las lágrimas del niño.

Los ruegos de aquellas almas afligidas por el llanto, consiguen lo que éste solo no había podido, mueven al guardia del orden, que antes arrogante y fiero, se encuentra débil ahora,

no halla qué responder, y suelta al pequeño.

Y luego se alejan muy contentas a hacer otros favores más lejos, tal vez sin que nadie se fijara en ellas; pero dejando grabada en mí su imagen, que, junto con el recuerdo de esta bella acción, jamás se borrará de mi memoria.

HIÓNIK

LA CATARATA

Es una sabana muy grande, cubierta de matizada alfombra de fresco césped. En el fondo de esta sabana y al pié de la cordillera hay un bosque poblado de altísimos árboles y arropado de tupido follaje, que no deja penetrar la luz, reinando siempre en la selva la penumbra.

Es de noche. Me acerco al bosque: quiero verlo de cerca, de dentro de sí mismo; quiero descifrar el misterio que encierra, y la causa de ese pueril miedo que infunde en el alma la selva de noche.

Ya he entrado: aparente calma reina en torno mío. El silencio sólo es interrumpido por las voces estridentes de las bestias feroces, y los quejidos



VICENTE SAENZ R.
Nuevo Director de este quincenario

dolorosos de las nocturnas aves. Lluve fuertemente; dominando el monótono ruido que producen las gotas de lluvia al deslizarse de hoja en hoja Perezosamente, se oye a lo lejos algo pero muy vago, como redobles de tambores lejanos. ¿Qué será? Quiero cerciorarme, debo avanzar. La noche es oscurísima y con dificultad me interno; el follaje espeso impide mi paso, los insectos fosforescentes pasan ante mis ojos deslumbrándome; sigo caminando; las negras y nocturnas aves al sentir mi presencia huyen lanzando estridentes silbidos que repiten sonoros los ecos de la selva. La lluvia moja mis vestidos, estoy calado hasta los huesos. Sin embargo, quiero ver, y veré.

Los árboles parecen enormes fantasmas que al soplar el viento mueven sus flacos brazos, y sacuden con fuerza sobre mí, blancas y cristalinas perlas, como protestando de mi presencia en el oscuro y bello palacio, donde ellos son su principal adorno. Indecible terror embarga mi espíritu, pero mi curiosidad es mayor, y avanzo, avanzo...

De pronto se abre ante mí un abismo negro, muy negro. Veo una cosa parduzca que se precipita ruidosamente en sus hondas entrañas, y que despidе de cuando en cuando destellos que hieren mi vista, en medio de aquella horrible, de aquella pavorosa oscuridad. El agua sucia se hunde en el abismo, como si algún reptil gigante y pavoroso se hundiese estrepitosamente en su madriguera.

Gotas frías salpican mi frente; el ruido que antes imaginara de lejanos tambores sonoros, me parece ahora de miles de cajas metálicas derrumbadas con eco estruendoso en un declive pétreo, y acompañadas en su espantosa caída de peñascos gigantescos. Me he dado cuenta de que estoy al pié de una catarata; me siento sobrecogido, abismado. Allá arriba la tempestad se ha desencadenado; los nubarrones negros se agrupan y pelean como titánicos monstruos, que luego desfilan triunfantes. El trueno surge sonora y monótonamente. Una armonía majestuosa producida por infernales instrumentos, en la cual canta la tempestad coreándola a lo lejos, los bramidos del retumbo y los silbidos imponentes del huracán, armonía en la cual no puede haber desafinación posible, pues es la orquesta dirigida por la brava y diosa naturaleza.

Los relámpagos parecen hogueras infernales en el horizonte, como fraguas de Vulcanos celestiales que alumbran y espantan con sus vívidos fulgores. Sobrecogido por tanta grandeza permanecí algunos instantes absorto y a la vez atónito, apoyado en el podrido tronco de un árbol desgajado por el rayo. Poco a poco nna claridad difusa se esparce por la selva: la luna, reina de la noche, se levanta majestuosamente detrás de la cresta de la montaña. La tempestad mitiga su furor; el agua adquiere al ser iluminada por el astro de la noche, tintes plateados.

Examino entonces el majestuoso salto de agua: altísimos palos blancos que extienden allá arriba sus verdes ramas como para darle sombra, le rodean; parece un enorme invernadero de vidrio sostenido de blancas columnas de mármol. Ahora todo es calma, el antiguo estruendo ha pasado. Parece que cuanto me rodea quiere contemplar conmigo y admirar, la grandiosidad monstruosa del espectáculo, no apreciada antes por la oscuridad de la noche. Parece que alguna musa hubiese querido avivar el ensimismamiento de ese ente absorto, que alguna ninfa tratase de impedir que cosas exteriores estorbasen su admiración, y volando había subido para extender sus blancas alas y recoger en ellas como en una concha, las gotas de lluvia, y flotaba arriba como el producto divino de la contemplación humana absorta en algo magestuoso.

Con profundo dolor, con verdadera pena, abandoné aquel templo divino, aquel altar do se reflejaba la mages-



GUILLERMO TRISTAN F.
Bibliotecario del Liceo de Costa Rica, colaborador de "El Ideal."

tad del más poderoso, del más sublime de los dioses: ¡La Naturaleza!

San José, 15 de junio de 1914.

MARIO GONZÁLEZ F.

En broma

Cuando me fué ofrecida la dirección del EL IDEAL, nacido en Heredia, se me vino inmediatamente a la cabeza la idea de cambiarle de nombre. Estuve en efecto con algunos de mis compañeros buscando una palabra adecuada, pero nada, no la hallábamos.

Vaya,—dijo de pronto uno de ellos,—ya la tenemos: "Et lux facta est", en contestación a aquel otro periódico, "Fiat Lux".

¿No les parece?

Imposible, contestó otro; eso sería, además de un romanticismo imperdonable, un atentado horrible contra el leguaje. Tenemos en castellano suficientes nombres, y a qué negarlo, poco conocemos nosotros del latín; para qué meternos en camisa de once varas?

—Tiene razón, contestamos todos, y solamente acordamos dejarle por nombre el que ya llevaba: EL IDEAL.

+ + + + +
 + + + + +
IMPRESA GREÑAS
 + + + + +
 CALLE CENTRAL NORTE
 + + + + +
 Libros — Periódicos — Folletos
 Hojas sueltas
 Recibos talonarios — Cheques
 Tarjetas de visita
 Facturas — Etiquetas — Invitaciones
 + + + + +
PRECIOS MODICOS
 + + + + +
 IMPRESA GREÑAS